El Hijo de la Niebla

Cien memorias bajo el acantilado

Luis Baizán

Safe Creative © Todos los derechos reservados

Editado por LDB, 2019

www.luisbaizan.com

Facebook: facebook.com/luisbaizanescritor

Instagram: luisbaizanescritor

Twitter: @luisbaizan

A los que dan sin esperar nada a cambio.

— ¿Todos estos libros también pertenecen a la ciudad?— pregunté sorprendido.

El viejo asintió.

Su casa estaba plagada de libros que había ido recogiendo por la villa. Había memorias por todos lados. Apiñadas en montones que casi rozaban el techo. También rodeando un tablero viejo, que hacía las veces de mesa, en el centro de la habitación.

Según recuerdo, no había un rincón donde faltara un libro.

— Hoy vamos a leer juntos— sentenció mientras se acercaba con uno pequeñito, del tamaño de mi mano.

— ¿Juntos?

— Necesitarás mi ayuda. O yo la tuya. Nunca he podido comprender esta memoria.

— ¿Cuántas veces la has leído?— dudé—. Con frecuencia, es necesario hacerlo más de una vez para entenderlo todo...

— Unas cincuenta— apuntó.

— Vaya.

— Sí. Demasiadas. Pero suficientes como para recitar cada una de sus hojas de memoria. Desgraciadamente, siempre me quedo igual. Quizá, contigo, esta ocasión sea diferente.

— Huele a hierba mojada— manifesté después de acercarme el libro a la cara.

— Para que podamos entrar juntos, hay que leer a la vez. No te adelantes ni te atrases. De otro modo, podríamos llegar a lugares diferentes o lo que es peor, en días distintos. Si esto ocurriese, pregunta por Hedal, el herrero del pueblo.

— ¿Lugares diferentes? ¿Días distintos? Pensaba que las historias ocurrían siempre en un orden y emplazamiento exactos.

— Siempre que las lea un solo intérprete. Si no, hay riesgos como el del tiempo o el espacio.

— ¿Y no es la primera vez que lees con alguien más, no?

— Es muy complicado responderte a esa pregunta. Aunque pusiera todo mi empeño, no alcanzarías a comprenderlo todavía.

— Es tan fácil como decir sí o no— declaré mientras me encogía de hombros.

— Ambas opciones son inútiles para contestarte. Pero no te preocupes y confía en mí. Cuando estemos dentro, haz todo lo que yo te diga.

El anciano tomó el libro con sus desgastados dedos y lo abrió más o menos a mitad de sus hojas. No había nada que leer.

— Carece de pala…

— Espera— me interrumpió.

Y poco después comenzaron a brotar letras. Formando minúsculos, pero legibles párrafos de color verde.

— Y ahora huele a tierra mojada— susurré atónito.

— A la de tres.

— De acuerdo— dije con emoción.

— Una, dos, tres…

— *La desgracia se cierne sobre nosotros. Una vez más. Un alma tan pura como la de un niño no puede albergar intenciones tan oscuras sin que podamos hacer nada*— leímos a la vez—. *Su hambre de venganza debió ser saciada hace siglos. Sin embargo, aquí regresa para darnos encuentro. Este engendro de la antigüedad no parará hasta vernos a todos bajo tierra.*

El cuerpo del viejo comenzó a desvanecerse mientras yo continuaba leyendo sin cesar. Sus ojos se abrieron de espanto y comprendí que algo marchaba mal. El hombre no pudo leer más. Su boca había desaparecido.

Un hormigueo recorrió mi cabeza hasta los pies. Pero continué la lectura hasta que algo empapó mis ojos y ya no pude ver las letras de la memoria.

Cuando los abrí me encontraba en medio de un bosque. Hacía mucho frío y una espesa bruma trepaba los árboles ocultando sus copas.

Miré en derredor. No había rastro del viejo.

— Mantén la calma— farfullé para tranquilizarme—. Da una vuelta y seguro que lo encuentras en algún lugar cercano. Debe estar buscándote.

Comencé a andar en dirección a ninguna parte. En cualquier momento saldría de aquella espesura que me cercaba como un batallón enemigo.

Al cabo de una hora descubrí un sendero que me ayudó a salir de la arboleda. La linde del bosque dio paso a un extenso prado lleno de arbustos bajos. Continué el caminillo y entonces divisé una aldea.
Se alzaba sobre una colina. Pero no podía ver la base del cerro. Una intensa niebla la ocultaba.
Aquella bruma tenía algo que me atraía, pero a la vez aterraba.

Recordé las palabras del viejo y empecé a trotar. Tenía que llegar a la aldea y encontrar al herrero. Si es que aquella villa tenía herrería.

— ¿Y si este no es el pueblo?— dudé.

A medida que fui aproximándome, di cuentas de que la niebla lo iba engullendo todo a mi alrededor. Tanto, que pronto dejé de ver mis pies y el sendero. Ya no veía por dónde caminaba.

— ¿Qué haces ahí, muchacho?— oí a mi derecha.

— ¿Dónde estás?— pregunté a la voz—. No veo nada.

La bruma tomó fuerza y cegó mi vista por completo. Era incapaz de atisbar mi propia nariz.
Entonces alguien me tomó de la mano.

— No te sueltes, chico. A medida que subamos lo verás todo con más claridad.

Avancé con torpeza, pero agarrando la mano de mi acompañante como si me fuera la vida en ello. Un tiempo después comenzamos a ascender y la niebla fue bajando con lentitud. De modo que pude ver mis manos y luego las rodillas. Me alegré de que siguieran allí.

— Gracias— reconocí a la figura que me había sacado de la asfixiante neblina.

Se trataba de un hombre robusto. No muy alto. De mediana edad. Iba vestido como un soldado. Pero un soldado con pocos recursos. Un hacha bien afilada atravesaba su espalda. Su ropa era andrajosa. Pero qué importaba. Me estaba echando una mano.

— ¿Vienes de caza?— demandó—. Hay que estar enfermo para salir de Vrost durante estos días.

— Claro— contesté sin pensarlo —. Tenía ganas de un buen faisán ahumado.

— Pues has tenido suerte. Mi guardia terminó hace una hora, pero me quedé ahí abajo para remendar mis botas con tranquilidad. El silencio brilla por su ausencia allá arriba. Y necesito calma cuando zurzo.

— Menos mal, ¿verdad? — declaré a la vez que el soldado soltaba mi mano y se daba la vuelta.

— El Hijo no andaría cerca— reveló mientras señalaba con su dedo índice la bruma—. De lo contrario, serías hombre muerto.

— ¿Habrá alguna memoria en la que mi vida no corra peligro? — dije en voz baja tras continuar la marcha.

— ¿Has dicho algo?

— No. Solo que nunca me acostumbro a subir sin cansarme esta maldita colina.

Un portón de madera nos recibió al llegar arriba. El hombre lo golpeó tres veces y se abrió con un desagradable chirrido.

— ¡Vagar!— exclamó un centinela al otro lado—. Pensaba que la niebla te había llevado al otro lado.

— Mi sangre es demasiado amarga para El Hijo— añadió mi acompañante a la vez que atravesábamos el umbral —. Los prefiere tiernos y bobos como tú.

La puerta se cerró a mi espalda y observé la aldea. No habría más de veinte casas, formando un óvalo que usaban como frágil cercado. En el centro del lugar se levantaba una torre con almenas tintadas de rojo. Arriba del todo me estudiaban dos vigías.

— ¿Qué haces ahí parado, muchacho?— cuestionó uno de ellos—. Vuelve a las corralizas con los demás.

— Tiene razón— dijo Vagar—. Estarás más seguro allí. La niebla no tardará en subir.

— ¿Dónde está la herrería?— consulté.

— ¿Herrería?— repitió con extrañeza—. Hace años que la consumió el fuego.

— Busco a Hedal.

El hombre de armas se cruzó de brazos y me miró a los ojos.

— ¿Qué tienes que ver con ese tarado?

— Quiero encargarle una herradura— respondí con astucia—. Aunque no tengo caballo, deseo tener una. Dicen que da suerte.

— Estupideces. La fortuna es tan libre de actuar como el viento.

— Y yo tan libre de creer en ello como tú de no hacerlo— opiné con valentía.

El hombre soltó una carcajada. Después indicó:

— De herrero solo le queda el recuerdo de haberlo sido. Ese chalado nunca tiene buenas ideas, pero allá tú. Vive en aquella casa con las ventanas rotas y un espantapájaros dibujado en la puerta.

— La veo. Gracias, de nuevo.

Vagar entró en la torre y yo me dirigí a casa del herrero. Llamé dos veces.

— ¡Entra, entra!— exclamó una vocecilla desde el interior.

Abrí. Y allí estaba, sentado en una mecedora rota, el anciano de Balandria.

— ¡Eres tú!— dije entusiasmado.

— Cuando dos intérpretes se adentran en una misma historia a la vez, viven aventuras diferentes— sentenció—. La propia memoria encaja el personaje más parecido del libro al intérprete que lee.

— Entonces hay una razón de peso por la que sufro, disfruto o muero en cada historia…

— Puedo creer que sí— afirmó el hombre mientras dejaba su asiento—. Por cierto, llevo tres días esperándote. Los últimos dos aquí encerrado. La gente de la aldea me trata como si fuera un loco.

— ¿Tres días?

— Pues claro, te atrasaste leyendo— explicó resignado—. Entré antes que tú. Ya te lo advertí. No te imaginas el hambre que tengo. Cada vez que intento salir a las barracas, los niños me tiran piedras.

— Si la memoria te concede este papel de herrero loco, debiste habérmelo dicho. No andar con misterios de buscar a Hedal si eras tú mismo.

Antes de que el viejo pudiera replicarme, sonó una cuerna fuera de la casa que hizo retumbar el suelo.

— ¿Qué es eso?— dudé irritado.

— La niebla está subiendo. Hay que ocultarse en lugar seguro.

El anciano me tomó del brazo y salimos de la casa. Atravesamos toda la villa y, junto con el resto de aldeanos que también abandonaban sus tareas, nos metimos en la torre.

— ¿Cabemos todos? — musité al entrar.

El torreón era pequeño. Una entrada de acogida y un pasillo que ascendía a la siguiente planta.

— ¡Los niños arriba con sus madres!— rugió un centinela.

Subieron corriendo. Por sus caras, estaban deseando hacerlo. Abajo quedamos una veintena de hombres.

— Es la tercera vez que viene esta semana— señaló Vagar, tras acercarse hasta mí con una sonrisa y mirar de reojo al anciano.

— Si no acabamos con él, él lo hará con nosotros— añadió un hombre con barba trenzada—. No somos responsables de lo que ocurrió. Aunque nos quede sangre de nuestros antepasados en las venas. Es injusto que tengamos que pasar por esto.

Miré al viejo. Había llegado la hora de que me explicara todo.

— Hace doscientos años, una familia llegó a esta aldea para labrar las tierras del valle— comenzó a relatar mientras le sonaban las entrañas—. El matrimonio tenía dos hijos. El mayor, Djebal, y el menor, Einar. Djebal era un muchacho jovial y apuesto, al que no le faltaron, desde muy pronto, pretendientas. Una de ellas, hija del condestable, se las ingenió una noche para engañarlo y huir al bosque para casarse en secreto…

— Callad— interrumpió Vagar—. Acaba de cruzar el umbral.

Contuve la respiración y me pregunté hasta cuándo nos dejaría la memoria permanecer allí.

— ¡Abrid esa maldita puerta!— gritó una voz, que mas bien parecían cien, desde fuera.

— Sed valientes, muchachos— rogó un lancero mientras agarraba el candado de la puerta.

— ¿Va a abrir?— demandé nervioso.

— Recordad, hay que rodearlo hasta hacerle retroceder. Que nadie se enfrente si no hay más remedio y teme por su vida— dijo Vagar, a la vez que descendía hasta el portón.

Abrieron de par en par y un viento recio se coló hasta llenar toda la torre. Iba acompañado de una espesa niebla que hizo desaparecer hasta el último rincón de aquel lugar.

Los hombres salieron en tromba. Gritaron con fuerza para crecerse y así enfrentar mejor el horror que les esperaba.

El herrero loco y yo fuimos los últimos en salir. Y mientras dejábamos el cobijo de la torre, el anciano continuó su relato:

— Cuando el condestable se enteró de lo sucedido, montó en colera y llevó el asunto hasta la corte del rey. Allí logró que Djebal fuera llevado a la horca, pero su padre se ofreció a pagar la pena por su hijo. Los nobles aceptaron y aquel hombre fue ajusticiado en lugar de su primogénito. Sin embargo, el condestable, no quedando satisfecho, urdió un plan para matar al joven; pagó a dos soldados de confianza para que se lo llevaran de caza una mañana y todo pareciera un percance sin voluntad…

Fuera del torreón imperaba el silencio. Los gritos de los aldeanos habían cesado y la bruma se había adueñado del poblado.

— ¿Dónde están?— consulté agazapado por cautela.

— Creo que han logrado retenerlo en las barracas. Siempre hacen lo mismo para intentar que regrese al valle. Vayamos para comprobarlo.

— ¿Y qué ocurrió con la madre y el hijo menor?— demandé ansioso.

— La madre se lanzó desde lo más alto del torreón al segundo día de enterrar a Djebal. Su tristeza le ahogó el entendimiento.

Unos quejidos repicaron en mis entrañas. Estábamos ante las barracas.

— Hay que detener a ese monstruo.

— ¿Cómo acaba esta memoria?— pregunté.

— Siempre soy el último en caer, devorado por sus horribles fauces. Lo he intentado todo. Después aparezco en la ciudad.

Cerré los ojos y no los abrí hasta entrar. Olía a estiércol. Todos los hombres se hallaban tirados en el suelo. Casi la mitad, inertes. El resto tan dolorido que carecía de fuerzas para levantarse.

Al fondo del lugar reía un niño. Vestido con un gabán de cuero y el cabello desaliñado. Tenía las botas cubiertas de sangre.

— Te presento a Einar, el hijo menor— sentenció el anciano, tras de mí.

Abrí la boca de incredulidad y exclamé:

— ¡Eso es imposible! ¡Debería estar más que muerto!

— Con sus malas artes, el condestable persuadió a toda la aldea para responsabilizar de la muerte de la madre a su propio hijo pequeño. Fue repudiado y desterrado del poblado.

Y se cuenta que vagó por tierras cercanas y lejanas hasta que la semilla de la venganza creció en su corazón como la mala hierba. Entonces regresó a la aldea y, aprovechando que el condestable salía un día para cazar al rayar el alba, le clavó un puñal en el costado cuando se hallaba distraído bebiendo en un arroyo.

En contra de lo que había pensado, el mal no abandonó su alma y creyó que una sola muerte no era suficiente. Cayó en la cuenta de que todos y cada uno de los aldeanos que habían desprotegido a su familia en vista del rey, debían pagarlo también.

— Su longevidad es sobrenatural— susurré con rabia.

— La memoria no explica cómo es posible que aún siga vivo, pero de algo estoy seguro; no descansará hasta lograr que toda la estirpe de aquellas familias perezca bajo su mano.

— Pero no podemos dejar que eso ocurra— expuse confiado mientras caminaba con paso firme hasta el niño—. Voy a intentar algo.

— Ten cuidado, puede adoptar muchas formas.

Me detuve a diez pasos del pequeño y este me miró desafiante. Su piel mudó de color y cuatro patas brotaron de su espalda. Creció en tamaño. Tanto, que su rostro y abdomen se deformaron hasta que su cuerpo dio lugar a una araña gigantesca.

— ¡Einar!— chillé para atrapar toda su atención—. Soy descendiente directo del condestable.

El anciano recogió un martillo del suelo y corrió hacia mí.

— ¡Entonces no dejaré de ti ni un solo bocado!— rugió el monstruo a la vez que se encaramaba al techado de caña.

— ¡Y también de tu hermano!— añadí inmóvil.

La enorme araña descendió hasta el firme y comenzó a salivar con violencia.

— Mientes— dijo mientras regresaba a su forma natural de niño y el viejo hincaba su rodilla a mi lado, ladeando su cabeza.

— Djebal nunca lo supo, pero un hijo con su sangre le nació al poco tiempo de morir— expliqué—. Tu sobrino. Mi tatarabuelo.

El pequeño se llevó las manos a la cabeza y lloró desconsolado. Entonces caminé hasta él para abrazarlo.

Estaba tembloroso. Sus lágrimas bañaban todo el firme alrededor nuestro.

— Debes acabar con todo esto, Einar. Debes perdonarnos a todos.

Suspiró de alivio y asintió. Luego desapareció. Y me quedé con su gabán de cuero entre los brazos.

El herrero sonrió antes de volver a la ciudad tal y cómo había venido.

Estuve en Vrost tres jornadas más. Al anochecer del tercer día, mientras todos descansaban, salí de la aldea para regresar al bosque cuando la luna reinaba en lo más alto. Me acurruqué entre dos arbustos y dormí.

A la mañana siguiente desperté en Balandria. El olor a queso y pan caliente inundó mi nariz.

— ¡Qué hambre!— dije bostezando.

El viejo había preparado el desayuno.

— ¿Satisfecho?

— La verdad es que parece tierno— contesté despedazando la hogaza.

— Me refiero a la historia— aclaró él.

— Mucho.

— ¿Cómo se te ocurrió?

— Las hijas de los condestables no pueden engendrar hijos de sangre impura. Y Djebal no era ningún noble. Si la corte hubiera sabido del bebé, la madre habría sido llevada a la hoguera. Lo dicta la ley.

— Así que el condestable de la aldea ocultó al recién nacido…—concluyó el anciano de brazos cruzados.

— Y acusó al muchacho, no por contraer matrimonio sin su consentimiento como relataste, sino, quizá, por querer violar a su

noble hija. Un casamiento no tiene validez sin la firma del mismísimo monarca o de alguien en el que haya delegado su poder.

— Como un condestable.

— Sí— manifesté con un trozo de queso agujereado en la boca—. Aquel hombre no temía unas nupcias ocultas, sino una sentencia que acabara con su querida hija entre las llamas.

— Y un nieto recién nacido lo encaja todo.

— O puede dar sentido a la historia.

— Al menos sí para librar a los habitantes de la aldea.

Terminé todo el pan y caminé hasta la playa. Hacía calor. Me bañé unas cuantas veces. Y cuando llegó la tarde regresé a la casa del viejo.

Tenía preparada otra memoria.

— Estoy listo— me apresuré a decir.

El Hijo de la Niebla.

Relato VIII de **Cien memorias bajo el acantilado.**

Si te ha gustado este relato, puedes encontrar más, y gratis en mi web:

www.luisbaizan.com

Que el destino te sea grato.